

CORDA PIA

Contemplación franciscana de la pasión de Cristo

Todos los viernes de Cuaresma, desde hace siglos, tiene lugar en la Basílica de san Francisco de Asís la celebración de la **Corda Pia**, que podríamos traducir al español como: “*Los corazones piadosos*” o “*Los corazones agradecidos*”. Este nombre se debe a las palabras latinas con las que comienza el primero de los himnos: “*Corda pia inflammantur...*”. Esta oración es seguramente la más antigua muestra de devoción de la Orden franciscana hacia el Cristo que “*pobre fue colocado en un pesebre, pobre vivió en este mundo y desnudo murió en la cruz*”, en palabras de santa Clara de Asís. Los antiguos himnos y oraciones que componen la celebración, adquirieron su forma definitiva en la segunda mitad del siglo XVII por obra del Ministro general de la Orden *Felipe Gesualdi de Castrovillari*.

Cada texto de la Corda Pia es una fuerte invitación a la contemplación desde el amor agradecido (de ahí su nombre, Corda Pia) de la pasión de Cristo, siguiendo el ejemplo de san Francisco (que, recordemos, recibió en su cuerpo las marcas de la pasión dos años antes de su muerte, como signo de su total conformación con Cristo pobre y crucificado). En modo especial se nos invita a fijar la mirada sobre las llagas o heridas del cuerpo crucificado de Cristo, las cuales, como nos recuerda el apóstol Pedro, “*nos han curado*” (1Pe 2, 21-24).

El binomio celebrativo **Cristo Crucificado - Francisco estigmatizado** comenzó a difundirse a partir de 1226 con la muerte del santo, cuando fray Elías de Cortona anunció a toda la Orden que “*Francisco había aparecido crucificado ante los ojos del mundo*”. Poco después, en 1250, en la Basílica inferior quedó plasmado este binomio con la obra pictórica del llamado “*Maestro de san Francisco*” que representa la *Passio Christi* (lado derecho de la nave central) y la *Compassio Francisci* (lado izquierdo) en paralelo, en lo que algunos llaman el primer “Via Crucis franciscano”.

La celebración comienza, tras el canto de las Vísperas, en el altar mayor de la Basílica inferior con la lectura de la estigmatización de san Francisco según nos la han transmitido los primeros biógrafos del santo (Tomás de Celano, san Buenaventura...). Seguidamente, los frailes y los numerosos fieles presentes se dirigen en procesión hasta la capilla del Crucifijo, mientras se entona el primer himno: “*Corda pia inflammantur, dum Francisci celebrantur stigmatum insignia*”. El resto de la celebración se desarrolla ante la bella imagen del Crucifijo del siglo XV que se encuentra en dicha capilla.

Cristo es presentado como el Salvador, solidario con nosotros en su propio cuerpo. Naciendo de la Virgen María, se hizo hermano nuestro. Puede estar por tanto a nuestro lado, compartir nuestro dolor, cargar con nuestro mal, con “nuestros pecados” (1Pedro 2, 24). Pero él es también y siempre el Hijo de Dios y esta solidaridad suya con nosotros se hace radicalmente transformadora, liberadora, salvadora. Así nos lo recuerda Francisco en uno de sus escritos: “*Padre santo, te damos gracias porque, al igual que nos creaste por tu Hijo, así, por el santo amor con que nos amaste, quisiste que Él, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen Santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz, y sangre, y muerte*” (Rnb 23).

Algunas imágenes de la celebración:



1, 2, 3: Procesión desde el altar mayor hasta la capilla del Crucifijo.

4, 5: Crucifijo articulado. Siglo XV, de escuela alemana.

6: Francisco recibe los estigmas de la pasión. Pietro Lorenzetti, basílica inferior de san Francisco.